



RAY CANDELAS

HÔTEL MÉTROPOLE

LA CIENCIA AMPLÍA HORIZONTES.
EL NAZISMO LOS AMENAZA



RBA

XXVIII PREMIO TIFLOS
DE NOVELA

HÔTEL
MÉTROPOLE

RAY CANDELAS

HÔTEL
MÉTROPOLE

XXVIII Premio Tiflos de Novela 2026

RBA



La presente obra ha ganado el XXVIII PREMIO TIFLOS DE NOVELA, convocado por la ONCE, otorgado por un jurado presidido por D. Andrés Ramos Vázquez, vicepresidido por D. Ángel Luis Gómez Blázquez y D.^a Imelda Fernández Rodríguez, y compuesto por D. Luis Mateo Díez Rodríguez, D. Luis Alberto de Cuenca Prado, D.^a Fanny Rubio Gámez, D.^a María Ángeles Pérez López, D. Ángel Basanta Folgueira, D.^a Care Santos Torres, D. Santos Sanz Villanueva, D. Ángel Luis Prieto de Paula, D.^a Pilar Adón, D. José Ovejero Lafarga, D.^a Aurora Luque Ortiz, D.^a Ángeles Encinar Félix, D.^a Penélope Acero Cayuela, D.^a Marie-Christine del Castillo-Valero, D.^a Laia Salvat Rius y D. Francisco José Maldonado Aguilar, en su calidad de secretario del jurado.

© del texto: Ramón Candelas Pérez, 2026.

© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2026.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

Primera edición: junio de 2026.

REF.: OBF1658

ISBN: 979-13-7031-042-4

DEPÓSITO LEGAL: B. 10.040-2026

EL TALLER DEL LLIBRE • PREIMPRESIÓN

Impreso en España – *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

A BRUNO, QUE EN OTRA ÉPOCA
Y EN OTRO LUGAR PODRÍA HABER SIDO MATT.

Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos; era la edad de la sabiduría, era la edad de la locura; era la época de la fe, era la época de la incredulidad; era la estación de la Luz, era la estación de las Tinieblas; era la primavera de la esperanza, era el invierno de la desesperación; todo se nos ofrecía, no teníamos nada; todos íbamos directos al Cielo, todos íbamos en dirección contraria...

CHARLES DICKENS, *Historia de dos ciudades*

PRÓLOGO



Bruselas, octubre de 1933. La fotografía oficial del séptimo Consejo de Física Solvay no parece preparada con esmero. Los cuarenta y un participantes se apiñan en varias filas tras una alargada mesa en ángulo, atestada de papeles y documentos de trabajo. El fotógrafo ni siquiera se ha molestado en retirar cuatro sillas vacías que, situadas en primer plano, estropean la composición. Aun así, la imagen da fe de la excepcionalidad del grupo retratado. Baste decir que veinte de sus miembros han sido o serán galardonados con el Premio Nobel, lo cual incluye a dos de las tres mujeres presentes: Marie Sklodowska-Curie y su hija, Irène Joliot-Curie, quien todavía está lejos de saberlo. En cuanto a la tercera, llamada a jugar un papel clave en el descubrimiento de la fisión nuclear, un fenómeno que cambiará el mundo, está destinada a convertirse en uno de los casos más palmarios de ninguneo del Nobel a una mujer. Su nombre: Lise Meitner.

Los presentes, conscientes o no del papel que tienen asignado en la historia de la ciencia, miran a la cámara con atención. Todos, salvo Meitner, quien con expresión severa dirige su mirada al extremo opuesto de la sala, más allá del encuadre del fotógrafo. ¿Qué es capaz de distraerla tan poderosamente en el preciso instante en que ella y sus colegas son inmortalizados para la posteridad?¹

1. La relación completa de los asistentes al VII Consejo Solvay puede consultarse al final del libro.

LEIPZIG

1



DOMINGO, 1 DE OCTUBRE DE 1933

En mi época de estudiante frecuentaba los cafés. Ya sean tranquilos o bulliciosos, resultan idóneos para descubrir los usos y las maneras de la gente de la ciudad. Para alguien como yo, criado en un pueblo pequeño, eso representaba un preciado valor añadido a los pocos *pfennigs* que costaba un café o una jarra de cerveza, y que podía permitirme gracias a la beca con que el estado de Sajonia financiaba mi dedicación a lo que más me gusta en el mundo: la física.

Situado a un paso de Markt Platz, cerca de la pensión en que me alojaba, el Riquet era mi preferido los domingos por la tarde, cuando con el café me regalaba un extra —un trozo de tarta o un delicioso *leipziger lerche* relleno de mermelada de fresa— que justificase una estancia más larga. Con frecuencia las tertulias subían de tono, lo que me impedía concentrarme en la lectura que siempre llevaba conmigo. En tales casos me dedicaba a mi otro pasatiempo favorito: observar a los presentes más cercanos por encima del libro, tratando de inventar una historia para cada uno de ellos.

Gruesa cintura. Gruesos brazos y piernas. Rostro abotagado.

Por ejemplo, la mujer sentada dos mesas más allá en compañía de una joven de ojos grandes y redondeadas facciones. Madre e hija, dada la innegable similitud de sus rasgos. Por la desconfianza con que la madre miraba a su alrededor y la curiosidad que

mostraba la joven, resultaba obvio que no eran de la ciudad. Es más, la desgastada chaqueta de lana basta y los deslucidos zapatos pasados de moda de la madre, unidos a su fruición al engullir una porción de tarta Sacher, me convencieron de su condición pueblerina. Admito que se trataba de una conclusión fácil, porque desconfianza, atuendo y fruición me recordaban a los de mi propia madre en la única ocasión en que vino a visitarme a Leipzig, al poco de mi ingreso en la universidad. En cuanto a la muchacha, lo más probable era que viniese a colocarse en la pujante industria algodonera, aunque su vestuario modesto pero nuevo, adquirido, sin duda, para la ocasión, me hizo inclinarme por su entrada al servicio de una familia bien. Me pregunté si volvería a verla, con cofia y delantal blancos, empujando un cochecito de bebé por los jardines próximos a Augustus Platz. Mientras meditaba sobre el ineluctable destino que estropearía su gesto agradable, observé que la madre lanzaba suspicaces miradas de reojo al individuo que acababa de tomar asiento en la mesa contigua.

Rostro enjuto. Frente despejada hacia atrás. Lentes redondas de pasta negra. Poblado mostacho cano con ribetes amarillentos.

El hombre se convirtió en mi siguiente ejercicio. Al sentarse había depositado el sombrero de fieltro oscuro sobre la mesa tras asegurarse de que estaba limpia y seca, pero no se había quitado el gabán. Ambos, sombrero y gabán, aparentaban una calidad excelente, poco acorde con el aspecto desmejorado del dueño, que permanecía encogido, como si tuviese la humedad otoñal incrustada en el cuerpo. Pidió un café solo y un vaso de agua al camarero, y un pitillo suelto a la cigarrera. Nada de tartas o bollería; nada de licores o cigarrros puros; ni siquiera un agua de Seltz. Mientras esperaba, su mirada permanecía ausente, perdida en algún punto indeterminado más allá de la puerta de vidrio del establecimiento.

Fui atando cabos, hilvanando en precario una historia que se hizo más probable cuando el hombre, después de abrir con suma delicadeza el estuche de los azucarillos y echar uno en el café, se

guardó el otro en el bolsillo del gabán tras echar un rápido vistazo en derredor que denotaba incomodidad. Si en esas manos hubo un día poder adquisitivo, no quedaba gran cosa de él.

Judío.

Fue una inspiración repentina: las leyes de abril habían despojado de sus cargos a una legión de funcionarios hebreos, así como apartado a abogados de los tribunales y a médicos de los hospitales. La matrona de prejuiciosa educación aldeana había llegado, por lo visto, a la misma conclusión que yo.

Judío, pues. Venido a menos.

No llevaba cinco minutos con su café cuando el supuesto funcionario, o abogado, o lo que fuera, se estremeció como si hubiese visto al diablo. Sorprendido por cómo hundió su nariz huesuda en la taza, miré hacia la entrada en busca del objeto de su desasosiego.

Corpulento. Mediana edad. Rostro muy anguloso en el que destacaba una mirada pétrea.

El sombrero y la gabardina grises del individuo podrían perfectamente ser los de un inspector de la Kriminalpolizei. La pipa curva colgada de sus labios tampoco desmerecía. Era fácil hacerse una idea de por qué había causado tanta impresión al judío: el recién llegado atufaba a nacionalsocialismo tanto como si llevase una esvástica tatuada en la frente.

Siempre parapetado tras mi libro, lo observé con curiosidad al principio, mientras intercambiaba unas palabras con el barman; con interés luego, cuando cruzó el salón con parsimonia, provocando que las discusiones se enfriasen a medida que recreaba su mirada en los tertulianos; sin disimulo a continuación, pues me dio la impresión de que se dirigía a mi mesa; y con sorpresa por último cuando, con un desparpajo insolente, cogió una silla y se sentó frente a mí sin pedir permiso.

Inaudito.

—«Canta, oh, Musa, la cólera del Périda Aquiles, que causó a los aqueos incontables dolores, precipitó al Hades las almas vale-

rosas de muchos héroes, y los hizo servir de presa a los perros y a las aves de rapiña» —recitó el desconocido con manifiesta voluntad de impresionarme, tras un rápido vistazo a la portada de mi libro.

Dejó el sombrero sobre la silla contigua, extrajo una cajetilla de fósforos del bolsillo de la gabardina y, tras frotar uno contra el raspador, lo aplicó a la cazoleta de su pipa.

—La *Ilíada* es exactamente el tipo de lectura que uno esperaría en un físico teórico, doktor Maier² —dijo entre chupada y chupada.

Si él me conocía, yo no lo recordaba de nada. Pero en la universidad me cruzaba todos los días con gente en la que no fijaba mi atención.

—Disculpe si no lo reconozco —dije, visto que la memoria no venía en mi ayuda—, herr...

Satisfecho con la brasa conseguida, el hombre aspiró sin prisas una profunda bocanada y devolvió al ya recargado ambiente una espesa nube de penetrante aroma.

—Mi nombre no importa. —Negó al fin con la cabeza—. Basta con que sepa que represento a la NG.³

Todo universitario, fuera profesor o estudiante, conocía la poderosa organización político-científica que financiaba la investigación en nuestro país. ¡Y el fulano decía que su nombre no importaba! Abrí la boca para responder a la descortesía, pero él se me adelantó.

—Llámeme Gelb —dijo—, si eso le hace sentirse más cómodo.

2. Téngase en cuenta que, en Alemania, la formación preparatoria para entrar en la universidad era, fundamentalmente, humanista.

3. NG. Abreviatura coloquial de *Notgemeinschaft der Deutschen Wissenschaft*, Asociación de Emergencia de la Ciencia Alemana. Institución creada en 1920 para impulsar la investigación en un escenario de escasez de fondos y desorbitada inflación. Sus comités científicos dedicaban el dinero aportado por el Gobierno y las grandes corporaciones a financiar investigaciones en todas las áreas: desde las humanidades a la ingeniería, pasando por las ciencias naturales y sociales.

En ese preciso instante, un camarero se inclinó hacia él. Gelb me apuntó con la boquilla de su pipa.

—¿Otro café, doktor Maier?

—Con uno me basta, gracias.

—¿Un *schnapps*, quizá?

—Gracias, no.

Encogió sus robustos hombros, inmune a mi tono desabrido, y se retrepó en su silla tras pedir café con leche y agua de Seltz.

—Matthias Maier —dijo—. Nacido el 25 de marzo de 1908 en Meissen. Hijo de Martin, mecánico electricista, desaparecido en el siniestro del L-59 en 1918, tras una brillante hoja de servicios en los dirigibles del Reich; y de Agneta, maestra de escuela, quien le inculcó su afición a los números —recitó con la suficiencia de quien trae la lección bien aprendida. Yo escuchaba con los labios apretados mientras sentía la sangre afluyendo a mi rostro y mis orejas—. Obtuvo unas calificaciones brillantes en la escuela primaria, lo que le permitió acceder a una beca de estudios para huérfanos de guerra. Ingresó en el *gymnasium*⁴ local, donde destacó en lengua y literatura clásicas, en francés y en matemáticas. En 1927 ingresó en la Universidad de Leipzig. Tras un notable primer semestre en el Instituto de Matemáticas, unas conferencias impartidas por el profesor Debye le hicieron mudar su matrícula al Instituto de Física, donde se licenció en 1931 bajo la supervisión del profesor Heisenberg, quien posteriormente dirigió su tesis doctoral. Ahora se dedica al estudio de la estructura del núcleo. Colabora con Heisenberg gracias a una beca de investigación que finaliza, si no me equivoco, a finales de este semestre, plazo en el que espera obtener la *venia legendi*.⁵ ¿Voy bien, doktor Maier?

4. *Gymnasium*. Institución educativa donde se realiza, desde los once hasta los diecinueve años, la formación preparatoria —en la época, fundamentalmente humanística— para acceder a la universidad.

5. *Venia legendi* o habilitación es una cualificación académica necesaria en ciertos países para acceder al puesto de profesor universitario. Normalmente se obtiene, una vez conseguido el grado de doctor, mediante la elaboración de una nueva tesis de investigación y su defensa ante un tribunal académico.

Dado que la pipa ya no parecía tirar, Gelb, si es que ese era su verdadero nombre, aprovechó la pausa para golpear la cazoleta contra el cenicero y limpiarla. Yo me revolví en mi silla incómodo. Que un funcionario de la NG conociese mis datos personales y mi historial académico era entendible; al fin y al cabo, constaban en mi ficha universitaria. Pero... ¿que Debye despertó mi interés por la física? ¿Y que supiese de la pasión de mi madre por las matemáticas?

Incómodo, sorprendido y preocupado.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —inquirí—. Y no me venga otra vez con evasivas.

—Lo sé todo sobre usted. —Sonrió, indiferente a mi expresión ceñuda—. Sé dónde vive, qué come, qué no come, qué aficiones tiene y con qué amistades se relaciona. Que no son muchas, por cierto. Pero nada de eso viene al caso, no perdamos el tiempo. Volvamos a la física, que es por lo que estoy aquí. Le supongo enterado de que dentro de unas semanas tendrá lugar en Bruselas el séptimo Consejo de Física Solvay.

En el grupo de investigación se hablaba a menudo del evento. No vi razón para negarlo.

—Cómo no estarlo —admití, prudente.

—Entonces sabrá que en estos consejos participan, por estricta invitación, los más eminentes físicos del mundo, en su mayoría europeos. Y que varios de ellos son alemanes, como su profesor Heisenberg, o extranjeros que trabajan en Alemania, como su profesor Debye. —Gelb hizo una pausa para acercar un nuevo fósforo a la cazoleta, que había ido rellenando mientras hablaba—. Imagino que sentirá usted admiración por esos hombres.

Me creí en la obligación de puntualizar, quizá por el respeto que sentía hacia el amor de mi madre a la ciencia.

—Y mujeres, herr Gelb. Son pocas las que destacan en nuestro campo, pero no por ello menos dignas de admiración.

—Naturalmente —concedió él con benévola sonrisa—. En la conferencia participarán la profesora Meitner, de la Universidad de Berlín, y las Curie, madre e hija. Supongo que, para alguien como

usted, tomar parte en este evento sería como... como... —Dudó un instante, el que tardó en encontrar inspiración en la portada de mi libro—. Como pertenecer al Olimpo de los físicos, ¿me equivoco?

Mientras crecía mi intriga por el rumbo que tomaba la conversación, Gelb parecía cada vez más satisfecho de su juego.

—¿Adónde quiere usted ir a parar? —pregunté alzando una ceja.

—Tengo entendido que el profesor Heisenberg dará una conferencia, algo relacionado con el núcleo atómico. Y que su colaborador más veterano, Jakob Weiss, ha sufrido un desgraciado accidente.

Jakob era mi compañero y amigo. Yo mismo lo había visitado en el hospital un par de días atrás, después de que una motocicleta lo arrollase con el deplorable resultado de varias costillas y un antebrazo rotos.

—Una lástima —prosiguió mi interlocutor—, porque, tras la renuncia de Bloch, su anterior ayudante, es de suponer que Heisenberg contaría con Weiss para que lo acompañase a Bruselas. Ahora tendrá que buscar un sustituto.

Me acaricé la barba, necesitada de un recorte. Era cierto que, en vista de lo mal que se habían puesto las cosas en Alemania para los judíos, Felix Bloch había decidido permanecer en Zúrich, su ciudad natal, tras las vacaciones de verano. Aun así...

—Eso no será problema —dije elevando los hombros—: tiene para escoger.

—Podría ser usted.

—Lo dudo. Hay compañeros más brillantes y mejor preparados. Weizsäcker, por ejemplo: acaba de obtener su doctorado con solo veintiún años, tres menos que yo.

Gelb hizo un gesto condescendiente, como si conociese a Karl von Weizsäcker.

—No se subestime, doktor Maier. —Lanzó sobre su cabeza una gran voluta de humo—. De hecho, ese es el punto débil de Weizsäcker: demasiado joven como ayudante. Y usted lleva más tiempo colaborando con Heisenberg, ¿no es cierto?

—Para ser de la NG, está usted bien informado sobre las circunstancias de unos simples investigadores sin habilitación.

Sospechosamente bien informado, recelé para mis adentros. Como si me leyese el pensamiento, mi interlocutor sonrió.

—Vamos, doktor Maier, no sea suspicaz —dijo—. Estar informado forma parte de mi trabajo. Como sabe, la NG proporciona ayudas de investigación, y para ello buscamos y estudiamos a posibles candidatos, sean profesores o ayudantes. —Adoptó una expresión seria, erguido sobre su silla. Se inclinó hacia mí—. En fin, vayamos al grano: ¿qué le parecería acompañar al profesor Heisenberg a Bruselas en calidad de ayudante?

—¿Lo dice en serio? —dije, y mi voz sonó incrédula y desconfiada—. Me temo, señor mío, que esa decisión corresponde al propio Heisenberg.

—Por supuesto —concedió Gelb—. Pero si le interesa, la NG podría... —carraspeó— influir, digamos, para que lo escoja a usted. —La sonrisa condescendiente volvió a sus labios—. Imáginese, codearse con todas esas mentes privilegiadas.

—¡Claro que me interesa! —admití con más vehemencia, quizá, de la que debería—. Pero, francamente, no se me ocurre por qué la NG haría tal cosa. Supongo que no será por pura simpatía.

El rostro impenetrable prorrumpió en una abierta carcajada.

—Me gusta usted, Maier; no se anda con tapujos. Pero tiene razón. —Se inclinó un poco más para, sin dejar de sujetar la pipa entre los labios, hablarme en voz queda—. Digamos que, a cambio de facilitar su excursión al Olimpo de los físicos, la NG le quedaría agradecida si le prestase un pequeño servicio. —Hizo como si espantase una mosca con la mano—. Algo sencillo para usted, no se preocupe, pero de vital importancia para nosotros. Y ese agradecimiento, como puede imaginar, resultaría beneficioso para su carrera. *Muy* beneficioso —recalcó.

Un cosquilleo me recorrió el cuerpo. Por lo que sabía, en la NG estaban representadas las universidades, las escuelas técnicas y las academias de ciencias alemanas, así como otras instituciones científicas importantes del país. Tal como decía Gelb, su agrade-

cimiento no era cosa que un aspirante a profesor universitario pudiera tomarse a la ligera.

—Y ese... ejem, servicio, como usted dice, consistiría en...

En lugar de responder, mi interlocutor echó un vistazo en derredor. Al seguir su mirada, comprobé que el supuesto judío venido a menos se había esfumado, y que una pareja de enamorados merendaba sendos *apfelstrudel* en la mesa donde antes se sentaban madre e hija. En cuanto a los tertulianos, descuidaban de nuevo el tono de su conversación, en vista de que el hombre de la gabardina gris se había desentendido de ellos.

Quizá por el excesivo ruido, o porque un local abarrotado no invita a hablar de asuntos que se deban tratar con discreción, Gelb hizo una mueca de desagrado.

—Salgamos —dijo, dejando unos *pfennigs* en el platillo—. Esto está muy cargado.

Bajamos por Reichstrasse y luego giramos por Grimmaische hacia Markt Platz. La tarde sajona se había tornado apacible tras un breve rato de lluvia mansa que, sin llegar a formar charcos, había humedecido las calles.

Gelb, o como en realidad se llamase mi enigmático acompañante, apenas se quitaba la pipa de entre los dientes. Se me ocurrió la absurda idea de que fuese un truco para que no le leyesen los labios a distancia. Absurda, digo, porque ¿qué interés podría tener un representante de las ciencias germanas en que no le leyesen los labios?

—Como sin duda sabrá, doktor Maier —iba él diciendo—, la física se encuentra en una encrucijada que no es sino reflejo de la que enfrenta el conjunto de nuestra sociedad. La *Berufsbeamtenengesetz*,⁶ esa ley que Hitler ha tenido a bien promulgar, supone el despido de una gran cantidad de funcionarios judíos, lo cual,

6. *Berufsbeamtenengesetz*. Abreviatura de *Gesetz zur Wiederherstellung des Berufsbeamtentums*. Ley de Restauración de la Función Pública del 7 de abril de

según nuestros cálculos, afecta a uno de cada cuatro físicos que trabajan en las instituciones del estado. Algunos de ellos dimitieron nada más conocer la noticia, sin esperar a que los destituyesen; otros han sido ya despedidos, y los que están a la espera de resolución con probabilidad lo serán en breve. ¿En qué situación cree que nos deja eso, Maier?

Como la pregunta tenía una evidente intención política, y como el tono en que la había formulado Gelb implicaba que esperaba una respuesta, me lo pensé antes de hablar. Podía tratarse de una trampa. Y no era, en aquellos tiempos, aconsejable significarse en según qué sentido. Todo dependía de con qué pie cojease uno y de con cuál lo hiciese su interlocutor. Y en el caso del mío todavía no estaba seguro.

—Supongo que... hum, tal pérdida de talento, la de los científicos judíos, quiero decir..., no contribuye mucho, que digamos, a hacer crecer el conocimiento en el Reich. —Me había enredado en un exceso de prudencia. Y como quiera que Gelb se detuvo para dedicarme una mirada críptica, me vi obligado a simplificar—. Lo que quiero decir —carraspeé— es que prescindir de los judíos supone una gran pérdida para la Universidad.

A la mirada críptica siguió una sonrisa torcida.

—Eso piensa, ¿eh?... No se moja usted demasiado, demonios. Pero hace bien. La prudencia es un activo impagable tal como están las cosas, incluso para alguien cien por cien ario como es su caso. Oh, no me mire así. Como le he dicho antes, lo sé todo sobre usted. Y estas cosas, ya sabe, la sangre, la raza y todo eso, no pueden pasarse por alto hoy en día a la hora de hacer un informe.

»En fin, como puede imaginar —prosiguió—, la Ley de Restauración supone un quebradero de cabeza para la NG. Tras la decisión de Einstein y de algunos otros de no regresar a Alema-

1933, por la que, salvo determinadas excepciones, como aquellos que tuviesen méritos de guerra, a los funcionarios que no eran considerados arios los excluyeron de la Administración.

nia, a nuestro Comité de Física le preocupa la posibilidad de que otras eminencias sigan sus pasos y abandonen el país.

Entendía lo que Gelb quería decir, porque el caso Einstein venía siendo un tema recurrente en la prensa y en los corrillos universitarios desde que, tras la subida de Hitler al poder, el premio nobel protestase abiertamente por la brutalidad del nuevo régimen, la supresión de derechos civiles y la represión sobre los hebreos, y declarase que no volvería a Alemania mientras la libertad de pensamiento y la seguridad ciudadana no estuviesen garantizadas. A ello siguieron la dimisión de sus cargos y su renuncia a la nacionalidad alemana, a lo que el Gobierno respondió con el embargo de sus cuentas corrientes, su casa y el resto de sus bienes. Tras refugiarse en Bélgica, y luego en algún lugar discreto de Inglaterra, donde vivía bajo protección armada —se decía que una asociación secreta nacionalsocialista había ofrecido mil libras esterlinas por su cabeza—, los últimos rumores hablaban de una inminente y definitiva partida hacia América.

—¿Y qué esperaban? —dije al hilo de mis pensamientos—. Es normal que los hebreos emigren si no se les permite trabajar aquí.

—Cierto —admitió Gelb—. Pero no me refería a ellos. Hitler ya ha decidido que la ciencia alemana tendrá que apañárselas sin judíos y no hay más que hablar. Sin embargo, al resto de la comunidad científica, a cambio de permitirle conservar su autonomía y garantizarle una cierta seguridad, le exige el acatamiento de la doctrina nazi.

—El *Gleichshaltung*.⁷

—Usted lo ha dicho. Por eso nos tememos que aquellos a quienes espanta el nazismo o que, simplemente, se sienten incómodos con él, decidan marcharse. Para los científicos de cierto nivel es

7. *Gleichshaltung*. Proceso por el que el Partido Nazi se hizo con el control absoluto de la sociedad alemana mediante la eliminación sistemática de cualquier otra institución u organización ajena: abolición de los *Länder*, prohibición del resto de partidos políticos, de sindicatos, de organizaciones juveniles, etc.

fácil, pues a menudo viajan al extranjero para colaboraciones universitarias, simposios o conferencias.

—Como el Solvay —comprendí.

—Exacto. Lo cual nos lleva al punto de partida, doktor Maier: a la ayuda que usted puede prestar a la NG; y, por extensión, a su país. Pero antes, para completar el panorama, déjeme decirle otra cosa: quizá piense que el hecho de que la comunidad física universitaria haya sido diezmada no le afecta. De hecho, es posible que pueda beneficiarle, puesto que todas esas plazas vacantes se habrán de cubrir tarde o temprano. Los físicos arios, Maier, van a poder escoger puesto de trabajo, se lo aseguro. Siempre que se comporten como se espera de ellos.

Carcajada y humo escaparon a borbotones de la boca de Gelb y se disiparon con rapidez en la atmósfera diáfana de un atardecer ya casi oscuro.

—Sin embargo, considérelolo desde otro punto de vista —prosiguió, tras tomar aire—: por un lado, el régimen, receloso de las malas influencias que nuestros científicos puedan recibir en el extranjero, ya ha comenzado a restringir sus salidas. Por otro, los científicos extranjeros, en protesta por lo que ellos consideran una pérdida de libertades en Alemania, anulan visitas a nuestro país, cancelan suscripciones a nuestras revistas y se dan de baja en nuestras sociedades científicas. Puede que aquí continúe haciéndose la mejor física, pero lleva camino de verse aislada.

—¡Pero eso es un disparate! —protesté—. El aislamiento va contra el ideal de la ciencia; contra su propia esencia, que requiere la libre difusión del conocimiento.

Las volutas de una última bocanada se perdieron más allá del halo luminoso de una farola eléctrica. Gelb esgrimió un atacador y, en silencio, como si rumiase mis palabras, rascó la carbonilla del interior de la cazoleta, terminó de limpiarla con un potente soplido y se guardó pipa y atacador en un bolsillo de la gabardina gris.

—No se engañe, doktor Maier —dijo al fin con un suspiro—: los ideales murieron en febrero, con el incendio del Reichstag.

Habíamos atravesado el Altes Rathaus, el antiguo ayuntamien-

to, bajo la arcada sur. Al salir a Markt Platz, el recuerdo de la abominable pira que redujo a cenizas el parlamento alemán y que propició que Hitler acusase a los comunistas de responsables del suceso y suspendiese las libertades civiles, me provocó un escalofrío. A nuestro alrededor, todo en la plaza transmitía una dominical normalidad: los puestos de venta permanecían cerrados, los paseantes disfrutaban su asueto cogidos del brazo, los cafés y las tabernas emitían un apagado bullicio. Todo estaba tranquilo, salvo mi interior.

—¿Qué desea de mí, herr Gelb? —pregunté.

Mi interlocutor asintió con la cabeza. Seguramente también él pensaba que era buen momento para dejarse de circunloquios.

—Se lo diré. Quiero que acompañe al profesor Heisenberg en su viaje a Bruselas. Que lo asista en la preparación de su charla y en cualquier otra cosa que pueda necesitar: billetes de tren, maletas, papeles, agenda... Lávele la ropa interior, si es necesario. Quiero que aproveche la ocasión para conocer y codearse con los mejores físicos del mundo. Un tercio de los que estarán presentes en el Solvay han nacido en este siglo, así que no son mucho mayores que usted. Tómese unas cervezas con ellos, escúchelos, pregunte, aprenda; debata si es necesario. Y guarde registro mental de cuanto vea y oiga: conversaciones, opiniones, preferencias. Da igual que sean científicas, políticas, religiosas o culinarias; lo banal también me interesa. Y, por último, quiero que cada noche elabore un informe completo, que entregará a un enlace que se le revelará a su debido tiempo.

Plantado en medio de Markt Platz, escruté los ojos claros del hombre de la NG. Recordé mi primera impresión en el Riquet: el rostro ario de mirada glacial, el atuendo de inspector de la Kripo y, sobre todo, la invisible aura de nacionalsocialismo. Sin embargo, esto último en absoluto había traslucido en nuestra conversación, lo que me tenía confuso: ¿debía hacer caso a mi instinto o debía ignorarlo en favor de la sólida, cabal imagen que transmitía Gelb? Sentí un nuevo escalofrío, pero esta vez el Reichstag no tuvo nada que ver.

—En definitiva —me aventuré a resumir—: me pide usted que espíe a los participantes en el Solvay, incluido mi jefe, el profesor Heisenberg.

Nunca, a lo largo de la inopinada entrevista, el semblante de Gelb se había mostrado tan grave.

—A Heisenberg y al resto de los alemanes *en especial* —recalcó—, pero también a algunos extranjeros. Le proporcionaré una lista con los nombres de interés para nosotros. No malinterprete usted nuestras intenciones, por favor: la NG no quiere perjudicar a ninguno de ellos; solo busca retener el talento alemán y, en la medida de lo posible, atraer el extranjero.

Tras dejarme meditar un instante sobre sus palabras, sus labios se distendieron en un remedo de sonrisa.

—Quién sabe, doktor Maier —concluyó—; quizá su mayor contribución a la física de su país no se escriba en forma de ecuaciones y artículos científicos.